

VER CON NUEVOS OJOS

Reflexiones desde la encrucijada
Transformación, liderazgo y vida religiosa

REFLEXIÓN N.º 1 • Junio 2026



Nota introductoria

Esta primera reflexión es menos un boletín formal que una puerta que se abre. Muchos de ustedes que reciben esto han caminado conmigo de una forma u otra: a través de capítulos, asambleas, conversaciones de liderazgo, retiros, transiciones, finales, comienzos y más de un momento en el que nadie estaba muy seguro de lo que vendría después. Hemos compartido conversaciones sobre la transformación, la vida religiosa, el liderazgo, el duelo, la esperanza, la entrega y la extraña gracia de los momentos de transición. Quiero continuar esas conversaciones de forma más regular.

Esa historia importa.

Empiezo estas reflexiones ocasionales porque quiero mantener el diálogo con ustedes sobre lo que observo en la vida religiosa, el liderazgo, las comunidades de fe y el trabajo más profundo de la transformación. Algunas reflexiones se basarán en mis escritos anteriores. Otras surgirán de conversaciones actuales. Otras señalarán tendencias que estoy observando. La mayoría comenzará con la pregunta que sigo escuchando por debajo de muchas conversaciones diferentes: ¿Qué se nos pide ahora?

No pretendo que esto sea otro boletín lleno de ruido. Ya hay suficiente de eso, y la mayoría de nosotros estamos suscritos a demasiadas cosas que teníamos intención de leer.

Mi esperanza es más sencilla. Quiero que cada reflexión ofrezca una breve clave de interpretación. Algo sobre lo que reflexionar, poner a prueba, cuestionar o llevar a la conversación con otros.

Esta primera reflexión vuelve a un tema que muchos de ustedes reconocerán: ver con nuevos ojos. Vuelvo a él porque ahora me parece más urgente. Muchas comunidades, organizaciones, líderes y buscadores ya no se acercan a la encrucijada. Ya están habitando esa encrucijada.

Y la tarea ahora no es entrar en pánico.

Es prestar atención.

Ver con nuevos ojos

Hay épocas en las que los viejos mapas ya no sirven.

Puede que nos hayan servido bien durante años. Puede que nos hayan ayudado a construir instituciones, guiar comunidades, formar familias, dirigir organizaciones y dar sentido a nuestras vidas. Entonces algo cambia. Las viejas suposiciones comienzan a tambalearse. Las respuestas en las que confiábamos ya no encajan con las preguntas que se plantean. Lo que antes parecía estable ahora se siente extrañamente inconcluso.

A menudo, ahí es donde comienza la transformación.

No en la claridad. No en el control. No en la confianza pulida de que sabemos lo que vendrá después.

La transformación suele comenzar en una encrucijada, donde algo en nuestro interior sabe que no podemos seguir haciendo lo que hemos estado haciendo, al menos no de la misma manera. Podemos intentarlo, por supuesto. La mayoría lo hacemos. Nos exigimos más. Revisamos el plan. Trabajamos más duro. Mejoramos los sistemas. Creamos nuevas versiones de los viejos enfoques y esperamos que nos lleven adelante.

A veces ayudan.

Pero a veces simplemente retrasan el trabajo más profundo.

En mis años de trabajo con comunidades religiosas, equipos de liderazgo y organizaciones de fe, he visto esto una y otra vez. Las comunidades pueden dedicar

una enorme energía a adaptarse al cambio mientras evitan silenciosamente la transformación. Pueden reestructurar ministerios, revisar la gobernanza, vender edificios, desarrollar planes estratégicos y, aun así, dejar intactas las cuestiones más profundas de identidad, duelo, valentía, imaginación y gracia.

Lo mismo ocurre con las personas.

Podemos cambiar el calendario, los compromisos, las rutinas, la organización externa de nuestras vidas. Todo eso puede ser necesario. Pero la transformación exige algo más íntimo. Nos pide que veamos de otra manera. Que escuchemos más allá de la superficie. Que nos demos cuenta de a qué nos aferramos. Que nos preguntemos qué necesita morir, qué quiere vivir y en qué se nos invita a convertirnos.

El cambio reorganiza los muebles.

La transformación nos pregunta si todavía habitamos la casa adecuada.

Este trabajo más profundo no es abstracto. Es dolorosamente práctico. Nos exige decir la verdad sobre lo que ya no funciona. Nos pide que dejemos de confundir actividad con vitalidad. Nos invita a llorar lo que se va sin convertir el duelo en parálisis. Nos pide que hagamos espacio para los pequeños signos de vida nueva que son fáciles de pasar por alto porque rara vez llegan con trompetas.

A menudo, llegan en forma de pregunta.

¿Qué se nos invita a ver ahora?

¿Qué verdad hemos estado gestionando en lugar de afrontar?

¿Qué estamos tratando de preservar que quizá ya no pueda sostener la vida?

¿Qué sería posible si escucháramos con más atención lo que está más vivo?

La vida religiosa conoce bien este terreno. También muchos líderes, familias y buscadores. Vivimos en una época en la que las presiones son reales: disminución, envejecimiento, polarización, desgaste institucional, crisis ecológica, desvinculación religiosa, dificultades económicas y el agotamiento silencioso que proviene de intentar mantener demasiado unido durante demasiado tiempo.

Aun así, la encrucijada no es solo un lugar de pérdida.

También puede ser un lugar de gracia.

Una encrucijada habitada por la gracia no es un lugar cómodo. Rara vez se siente llena de gracia al principio. Puede parecer confusión, vulnerabilidad o fracaso. Pero

bajo la perturbación puede haber una invitación más profunda: vivir menos desde el miedo y más desde la libertad; dejar de defender viejas formas mucho después de que la vida se haya desplazado a otra parte; cooperar con la gracia de maneras más honestas, más valientes y más generativas.

Esto no es un trabajo pasivo.

No consiste en esperar a que Dios haga lo que no estamos dispuestos a afrontar.

Es una forma de participación. Cooperamos con la transformación realizando el trabajo interior: cambiando la conciencia, recuperando nuestra voz más auténtica, sanando lo que se ha dividido, experimentando con nuevas formas de ser y reuniendo la sabiduría necesaria para tejer un futuro más vivificante.

Nadie puede diseñar la transformación.

Pero podemos crear las condiciones en las que la transformación tenga más posibilidades de echar raíces.

Podemos ralentizar el ritmo lo suficiente como para ver. Podemos escuchar con más humildad. Podemos dejar de fingir que las viejas respuestas son suficientes. Podemos decir la verdad sin crueldad. Podemos hacer duelo sin renunciar a la imaginación. Podemos arriesgarnos a hacer pequeños experimentos en lugar de esperar la certeza perfecta. Podemos hacer mejores preguntas.

Quizá ahí sea donde empieza ver con nuevos ojos.

No con una gran visión. Todavía no.

Quizás todo comience con una sincera confesión:

No podemos convertirnos en lo que estamos llamados a ser limitándonos a proteger lo que ya hemos sido.

Esa frase es dura.

Pero también es misericordiosa.

Porque una vez que dejamos de fingir, se hace posible una forma diferente de ver. Empezamos a darnos cuenta de dónde sigue moviéndose la vida. Empezamos a escuchar las invitaciones más silenciosas. Empezamos a reconocer que el futuro no nos pide que abandonemos nuestro carisma, vocación o propósito más profundos. Puede que nos pida que dejemos ir las formas que ya no pueden sostenerlos.

En la encrucijada, la tarea no es entrar en pánico.

La tarea es prestar atención.

Y luego, con todo el valor que podamos reunir, dar el siguiente paso fiel.

Para la reflexión

- ¿En qué aspecto de tu vida, liderazgo o comunidad se te pide que veas con nuevos ojos?
- ¿Qué estás tratando de preservar que quizá ya no pueda sostener la vida?
- ¿Qué pequeño signo de vida nueva merece más atención de la que está recibiendo actualmente?
- ¿Qué significaría, en este tiempo, cooperar con la gracia en lugar de limitarte a gestionar el cambio?

En los próximos meses compartiré más reflexiones.

Ted Dunn, Ph.D.

Graced Crossroads

www.gracedcrossroads.com

Adaptado de «Seeing with New Eyes: The Inner Work of Transformation Needed for These Times»
(LCWR Occasional Papers, invierno de 2021).

